

EDITORIAL



El pasado 7 de febrero fue clausurado el Año de la Ciencia por las señoras vicepresidenta primera del Gobierno y ministra de Educación y Ciencia, en el que la vicepresidenta del Gobierno anunció la creación de una nueva ley de la Ciencia, Tecnología e Innovación y un pacto del Gobierno y las universidades, empresas y organizaciones en torno a la comunidad científica española con el entusiasta objetivo de alcanzar en 2015 "que España sea uno de los diez países más avanzados del mundo". Además, adelantó la contratación de 50.000 personas en el sistema de ciencia y tecnología, de ellas dos tercios en el sector privado y el otro tercio en el sector público. Estas noticias son realmente esperanzadoras para la comunidad científica y la segunda coincidente con los informes recientemente aparecidos en los medios de comunicación donde se avanza que España necesitará 50.000 científicos en los próximos cuatro años. Sin embargo, estos mismos medios precisan que el estudio de las ciencias ya no seduce a los jóvenes estudiantes españoles.

El mayor problema que plantea el desarrollo científico y tecnológico es la falta de personal cualificado al que no es ajena la química en todas sus vertientes: industria, educación, investigación y gestión. El estudio de las ciencias y, en particular, la química ya no garantiza una salida profesional. Tras un espectacular crecimiento en el periodo 1988–2003, en los últimos cinco años se aprecia un cambio de tendencia. Entre los indicadores que podemos analizar se hallan: el descenso en el número de alumnos matriculados en primer curso en la titulación de Química, la disminución de la oferta y la demanda de empleo entre los químicos, el declive de las vocaciones científicas, la alarmante disminución de la calidad de los estudiantes universitarios y no universitarios, la indefinición de la carrera investigadora –problemas no resueltos de la incorporación de los contratados doctores Ramón y Cajal y los estudiantes de doctorado "precarios", hacen que se cree una pésima imagen entre los jóvenes y sus familiares, que la perciben como un mal negocio de cara a su futuro–, la falta de incentivos económicos y profesionales para iniciarse en la carrera investigadora y la polarización hacia determinadas carreras –ingenierías, medicina, economía y biotecnología, entre otras–. Estas últimas carreras universitarias junto con otras de ciclo corto son ejemplos de los nuevos modelos considerados de éxito entre los estudiantes universitarios que restan candidatos para cursar estudios de ciencias experimentales.

A todo lo anterior hay que añadir la práctica desaparición en los estudios de enseñanza secundaria y bachillerato de las asignaturas del área de las ciencias experimentales, en particular, de la física y la química. A partir del curso 2008–2009, los estudiantes de bachillerato cursarán la asignatura "Ciencias para el Mundo Contemporáneo", donde es muy difícil identificar la química como área de conocimiento y, sobre todo, las horas dedicadas al estudio y prácticas de esta disciplina. La desaparición de la cultura del esfuerzo y la escasa influencia familiar para cursar estudios científicos son factores a tener muy en cuenta por su importancia. La situación es tan delicada que, en algunas comunidades autónomas, se están incentivando económicamente los estudios de formación profesional para tratar de atraer a los estudiantes más jóvenes para cubrir puestos de trabajo en el sector industrial pagando las prácticas obligatorias en empresas. En algunos casos, es tal la necesidad de las empresas que contratan a estudiantes de formación profesional antes de concluir sus estudios o mientras realizan las prácticas obligatorias en ellas. Todos estos factores hacen poco atractivos los estudios universitarios entre los jóvenes estudiantes españoles. La oferta de algunos laboratorios, grupos de investigación universitarios y del CSIC para atraer a jóvenes investigadores se dirige a estudiantes extranjeros, dándose la paradoja que en algunos centros hay más estudiantes de doctorado extranjeros que españoles.

La sociedad está inmersa en una grave crisis de vocaciones científicas. La promoción de la ciencia y la tecnología debe realizarse en las escuelas, colegios, institutos y, entre el público en general. Las becas de formación del personal investigador no han resultado todo lo eficaces que cabría esperar. Es preciso desarrollar nuevos mecanismos que atraigan a los jóvenes hacia las ciencias. La futura ley de la Ciencia, Tecnología e Innovación y los pactos del Gobierno pueden ser el principio de una nueva era. También será preciso revisar en la Ley Orgánica de Educación (LOE) el currículo de los estudiantes de enseñanza secundaria y bachillerato para que haya una mayor y mejor presencia de la física y la química. Sin embargo, somos conscientes que en tiempos de crisis es cuando se producen las soluciones más ingeniosas para abordar un futuro más prometedor.

La principal novedad de este número es el cambio de imagen de la portada de nuestra revista. *Anales* ha querido mudar el estilo de su portada por uno más moderno y atractivo, que sea fácil de reconocer a través de la letra Q de química –que aparece en su logotipo– y el color azul identificador de las ciencias experimentales.

En nombre de la Comisión de Publicaciones hago llegar nuestras más sentidas condolencias a los químicos inorgánicos de la Universidad de Barcelona por la irreparable pérdida del Prof. Joan Maria Coronas Ribera fallecido el 24 de diciembre de 2007. Por otro lado, manifestamos nuestras más sinceras felicitaciones a los profesores Avelino Corma (Premio "Gabor A. Somorjai" de la ACS), Pablo Espinet (Premio "Elhuyar-Goldschmidt" 2008) y Gabriel Pinto (Premio a la "Excelencia Docente" en la Universidad Politécnica de Madrid) por los premios obtenidos.

Pascual Román
Editor General